

LAS LENGUAS Y LA ARQUEOLOGÍA ANDINAS: UN COMENTARIO FINAL

Tom D. Dillehay^a

1. Introducción

Este volumen del *Boletín de Arqueología PUCP* tiene un carácter desafiante e inspirador por los temas que contiene. En esta edición se pueden encontrar enunciados útiles, accesibles y profundos para el aprendizaje que la lingüística histórica y la arqueología pueden ofrecer. Dichos temas envían un mensaje sugestivo que debe ser parte integral de la mayoría de los discursos en el estudio del pasado de las sociedades y culturas andinas. Los editores y el McDonald Institute for Archaeological Research son dignos de elogio por reenfocar nuestros estudios hacia las difusiones de las lenguas antiguas en los Andes.

¿Qué impulsa las dispersiones y los cambios de las lenguas, y qué explica su expansión en el área andina? ¿Son los procesos históricos relacionados con estos desarrollos los mismos que los de otros rasgos culturales? Si se considera que en el mundo se cuenta con un número finito y pequeño de *phyla* lingüísticas, es razonable preguntarse por qué dichos procesos se han diversificado y extendido. La era moderna ha sido testigo de la expansión de las lenguas indoeuropeas —en particular el español y el inglés— y la consecuente desaparición de muchos pequeños grupos lingüísticos. Suponemos que la difusión de la lengua árabe, por ejemplo, fue responsable de extinciones similares en el pasado y que este proceso ha ocurrido en la historia muchas veces. Lo que no podemos asumir es que las razones de la expansión de lenguas particulares o familias lingüísticas fueron similares. Los debates tradicionales acerca de los procesos de expansión de las lenguas se han centrado, principalmente, en la migración y el cambio cultural. En ese sentido, la difusión moderna de la lengua indoeuropea consistió, también, de una expansión física: los grupos humanos se trasladaron a nuevos territorios, en especial América y Australia, y sus descendientes llegaron a dominar esas regiones numéricamente; sin duda, tales movimientos migratorios ocurrieron también en el pasado. Por ejemplo, las migraciones tupí-guaraníes de la cuenca sur del Amazonas, en la franja norte del cono sur de Sudamérica, parecen haberse constituido, principalmente, de movilizaciones de grupos humanos. Este traslado habría llevado a algunas poblaciones actuales de la Pampa, en Argentina, a zonas al sur de la Patagonia, pero las lenguas también pueden propagarse por medio de procesos de asimilación y reemplazo. Por ejemplo, un grupo etnolingüístico puede persuadir a otros de cambiar de lengua mediante la fuerza o el uso del prestigio como argumento disuasivo. La expansión del quechua en los Andes centrales, probablemente, es una buena muestra de ello.

Se ha denominado, de una manera muy simplista, como migraciones a los desplazamientos de población o expansiones (véase Anthony 1990). Etimológicamente, el término «migración» significa un 'traslado de un lugar a otro', con lo que se deja atrás la región original. Esta palabra es apropiada para indicar los movimientos que algunas poblaciones llevaron a cabo, de hecho, en tiempos precolombinos, pero la arqueología andina no es clara en cuanto a la causalidad y la naturaleza de estos desplazamientos; sin duda, algunas de dichas poblaciones se desplazaron al ser presionadas por parte de otros pueblos. Por ejemplo, muchas migraciones indígenas después del año 1500 fueron intentos por escapar de los europeos. Sin embargo, el término *migración* no cubre de forma adecuada los movimientos y traslados de los grupos

^a Vanderbilt University, Department of Anthropology.
Dirección postal: Nashville, Tennessee, 37365, Estados Unidos.
Correo electrónico: tom.d.dillehay@vanderbilt.edu

humanos motivados por otras razones, como el crecimiento demográfico, la caída o colapso de las culturas, la administración de recursos, entre otros. Tal vez el vocablo más adecuado para este tipo de cambios en la ubicación es *expansión*, el que implica una distensión y una difusión: la conquista de nuevas regiones sin el abandono de las anteriores. Este tipo de cuestiones conceptuales no es suficientemente definido o debatido por los autores de este número del *Boletín*, y constituye un problema que conduce, a menudo, a confusiones en lo que respecta a los tipos de dispersiones de lenguas que se tratan y cuáles fueron las implicancias de esos fenómenos.

La mayoría de los estudios en este volumen están asociando la propagación de las poblaciones y las lenguas con el concepto de horizonte, principalmente con el Horizonte Temprano (es decir, la cultura Chavín) y el Horizonte Medio (en otras palabras, la vigencia de las culturas Wari y Tiwanaku). Mi comprensión particular acerca de la interacción entre la expansión cultural y los cambios en los idiomas consiste en lo siguiente: si la diversificación de lenguas está vinculada a la expansión de una población, entonces los impulsos que la motivaron deberían dejar una serie de trazas cortas en la filogenia, ya que habrían generado pocas generaciones como para que se produjeran cambios lingüísticos que se habrían acumulado antes de que las comunidades hablantes de dichos idiomas se fragmentaran demográficamente por razones de conflicto social, colapso económico o político, entre otros. En contraste, cuando la diseminación geográfica de las culturas se ve limitada por las fronteras físicas o sociales, la tasa de la diversificación lingüística debería disminuir de manera considerable, lo que llevaría a trazas prolongadas. Si estas interrupciones en las propagaciones demográficas fueron seguidas por impulsos de expansión, entonces los esquemas arbóreos también mostrarían un aumento en la tasa de diversificación de un idioma después de dichas interrupciones. En los Andes se sabe muy poco o casi nada acerca de la interacción entre las propagaciones demográficas —o interrupciones de estas— y los cambios y difusiones de lenguas, un tema que debería haber recibido más atención por parte de los colaboradores del presente número, el que, sin embargo, representa un intento por comenzar a examinar y reconsiderar las cuestiones relacionadas con estos procesos en lugar de los procesos propiamente dichos. Los estudios aquí presentados ofrecen una amplia variedad de útiles modelos de interpretación para explicar las dispersiones de las lenguas en los Andes.

Para concluir esta introducción, se puede advertir que el cambio lingüístico es uno de los principales procesos de cambio cultural y, probablemente, se encuentra, a menudo, vinculado con instituciones relacionadas con el prestigio (por ejemplo, la religión, el comercio y el intercambio) y la cultura material (como los artículos exóticos de comercio, las técnicas de cultivo, entre otros). Cualquier modelo convincente de la relación entre las lenguas y los patrones arqueológicos debe tomar estos y otros procesos en cuenta. Una ventaja del estudio acerca de los cambios de las lenguas es que pueden ser observados y documentados en el presente, lo que hace que sea más fácil buscar sus huellas en el pasado arqueológico. Las consecuencias de los cambios lingüísticos en la cultura material, sin embargo, pueden ser muy variables. Por ejemplo, en muchos países desarrollados de América Latina, el cambio en la cultura material de indígenas contemporáneos se realizó con bastante rapidez para el caso de las lenguas minoritarias —como el mapuche, el arawak o el ge—, por lo general durante el lapso de unas pocas décadas, o un siglo o dos. Sin embargo, la pérdida de los idiomas de estos indígenas y su sustitución por el español o el portugués tras los cambios en la cultura material se produjeron décadas o siglos más tarde. Tanto los lingüistas como los arqueólogos deben ser conscientes de estas posibles discrepancias.

2. La dispersión de los idiomas andinos: modelos y procesos

En relación con las lenguas indígenas de la época prehispánica, uno de los más antiguos «rompecabezas» en los estudios de la prehistoria andina es la distribución geográfica respectiva del quechua, el aimara y otros idiomas. Los grupos lingüísticos andinos de tiempos preincas fueron, evidentemente, muy diversos, lo que sugiere largos períodos de divergencia y/o interrupciones de los procesos de propagación. Si se tiene en cuenta la distribución geográfica del quechua, es posible imaginar que los quechuahablantes —ya se tratara de las comunidades wari, incas o de otros grupos— convencieran de cambiar de idioma a los grupos residentes de distintas regiones. Puesto que no hay evidencia de que esto se logró siempre por medio del uso de la violencia, se tiene que asumir que la superioridad tecnológica o las instituciones de prestigio social fueron algunos de los factores clave de este proceso. Por ejemplo, los grupos quechua

y aimarahablantes muestran un innovador tipo de organización social dual (*ayllu*) vinculado a la continuidad social y la producción económica, y su prestigio social (o mayor operatividad) impresionó a los otros grupos. Al mismo tiempo, entre 5000 a 4000 a.p., un nuevo tipo de tecnología agrícola comenzó a aparecer a lo largo de los Andes: la agricultura de riego, cuya distribución puede corresponder con la del protoquechua. Sin embargo, desconocemos las razones de estas diferencias. Presumiblemente, la disponibilidad de los recursos sociales y tecnológicos habrían determinado el tiempo de las propagaciones y las interrupciones de estas en los desplazamientos de los hablantes del protoquechua y, posteriormente, del mismo quechua, una afirmación que no considera los obstáculos físicos y sociales enfrentados por estas diseminaciones, como los terrenos plagados de profundas quebradas de las montañas andinas o el enfrentamiento bélico entre distintos grupos, lo que habría facilitado diversas fragmentaciones de ciertas poblaciones y el lento aumento demográfico en otras. Estas pocas líneas exponen algunas de las muchas posibilidades que deben ser consideradas en la reconfiguración del origen y la difusión de las lenguas andinas, y cómo la arqueología puede proporcionar nuevos conocimientos acerca de estos temas.

Dispuestos en el contexto de la búsqueda de nuevos planteamientos y los recientes descubrimientos, los dos artículos de Heggarty y Beresford-Jones ofrecen un nuevo enfoque para la reclasificación de las relaciones entre los diversos dialectos regionales de la familia lingüística quechua y su vínculo con la lengua aimara. Ellos postulan que la propagación de las lenguas no ocurrió «por casualidad», sino que se dio por las mismas razones que originaron otros aspectos socioculturales como, por ejemplo, los de carácter económico, ideológico, entre otros. Asimismo, plantean que los cambios en los idiomas, tal como las transformaciones socioculturales de una sociedad, reflejan los mismos procesos expansivos en el pasado, cuyos vestigios deben ser claros en el registro arqueológico, especialmente en lo referente a la cronología, la geografía y la causalidad. Sostienen, además, que las dispersiones mayores del quechua y el aimara se llevaron a cabo durante expansiones asociadas con el Horizonte Temprano y el Horizonte Medio, y no con los períodos intermedios. En otras palabras, para estos autores, el modelo más plausible para la primera gran expansión del quechua fue el Horizonte Medio Wari, mientras que el Horizonte Temprano (Chavín) habría sido el contexto para la propagación de la familia lingüística aimara.

Varios otros autores también postulan que la diversificación y la propagación de las principales lenguas de los Andes se dieron de manera muy asociada con las expansiones geográficas ocurridas durante el Horizonte Temprano y por parte de la cultura Wari durante el Horizonte Medio. En este sentido, el trabajo de Kaulicke se refiere a la del Período Formativo y propone subdivisiones arqueológicas basadas en el diagnóstico de la cultura material, y trata sus correspondientes esferas de interacción y tradiciones. Estas subdivisiones se caracterizan por cambios significativos probablemente relacionados con los cambios en los mecanismos de dispersión de las lenguas. También postula que en el norte del Perú podría haberse hablado una lengua pre-protomochica junto con diferentes lenguas de la sierra centro-norte, centro y centro-sur en un contexto de multilingüismo —fenómeno que, quizá, caracterizó la situación del sitio de Chavín de Huántar—, un escenario dominado, tal vez, por el pre-protoquechua.

Isbell, por otro lado, nos advierte que la asociación de Wari con el quechua, o el protoquechua, no se puede demostrar fácilmente con la presencia de una tradición ininterrumpida de la cultura material, como los estilos de cerámica del Horizonte Medio, ni que tampoco debe ser un paso automático el denominar quechuahablantes a las comunidades conocidas en la etnohistoria. Sin embargo, la expansión wari por el norte y el sur de Ayacucho correspondería con la distribución geográfica, según las fuentes etnohistóricas, del quechua IIC. Para Isbell, esta es la confirmación de que los wari se comunicaron por medio del protoquechua. También plantea que la variación sureña de los dialectos del quechua IIC sugiere que su dispersión se dio, a más tardar, en el Horizonte Medio. Señala, asimismo, que si un gobierno unificado wari promovió una comunidad lingüística uniforme en todos sus dominios del sur, lo más probable es que esta diferenciación comenzara recién durante el colapso de su cultura, a fines del Horizonte Medio.

A partir de una perspectiva lingüística en lugar de una arqueológica, Adelaar presenta lo que él considera las principales etapas de la familia de la lengua quechua y su interacción con la familia aimara. Sostiene que el Estado wari pudo haber actuado como una fuerza impulsora para la difusión inicial del quechua II y, más tarde, para la expansión en el sur del aimara y el quechua IIC. De una manera diferente, Cerrón-Palomino atribuye un centro de origen serrano a la lengua quechua en estrecha relación con el

desarrollo de la cultura Chavín. En cuanto al aimara, postula una ubicación en la costa centro-sur, con proyecciones hacia las inmediatas estribaciones de los Andes. También plantea la hipótesis de una expansión wari con importantes cambios y dispersiones del quechua y el aimara. Por último, advierte, en el caso del puquina, tanto una primera lengua circunlacustre como una «lengua particular» de la mítica cultura Inca. En un sentido similar, Bouysson-Cassagne analiza la documentación lingüística, arqueológica e histórica de la desaparición de la lengua puquina antes y durante la conquista inca del Collasuyo. Para complementar estos estudios, Domínguez ofrece una revisión crítica de la extensión territorial del puquina durante la época colonial temprana.

De manera más específica para la región norcentral del Perú, Lau examina, desde la arqueología, la evolución cultural en la sierra de Áncash durante el primer milenio d.C., con un énfasis en sus implicaciones para el uso de las lenguas y su difusión. Afirma que esta región es de especial interés debido a su posición geográfica central en el territorio peruano, su diversidad de culturas arqueológicas y la presencia de una serie de idiomas, muchos ya extintos. Lau advierte una correlación razonable entre los datos arqueológicos del Período Intermedio Temprano y el Horizonte Medio, y la difusión de la lengua culle. Por su parte, Andrade también se centra en la lengua culle y examina un léxico tradicional textil en el norte del país; en él encuentra evidencia en contra de la existencia de una identidad lingüística entre el área geográfica de dicho extinto idioma y el valle de Cajamarca, y afirma que esta idea se sustenta en el aislamiento de un elemento gramatical que se puede remontar a la lengua culle, presente en ambas áreas. También sugiere que el culle se impuso en la región de Cajamarca antes de que se llevara a cabo la expansión wari al norte. Por último, y siempre en el norte, Watanabe examina la distribución y el movimiento de las poblaciones en el Horizonte Medio sobre la base de los datos arqueológicos de El Palacio, un centro administrativo wari ubicado en el valle de Cajamarca. Para este autor, en el pasado de esta región coexistieron varios idiomas o hubo grupos humanos bilingües que se habrían comunicado tanto por medio del idioma local como de la lengua oficial del Estado wari.

Una vez expuesto el resumen de todos los aportes, ¿qué se puede hacer con estos modelos y proyecciones?, ¿es admisible atribuir el origen, propagación y extinción de las lenguas menos conocidas —como el culle y el puquina— a un horizonte en lugar de un período intermedio, o se asocian con ambos, como han determinado los arqueólogos y lingüistas para el quechua y el aimara? La creencia de que las propagaciones importantes de lenguas se produjeron durante los horizontes implica que no ocurrió cambio significativo alguno en las lenguas durante los períodos intermedios. Curiosamente, es en esos períodos en que se registra mayor interacción, mezcla y dinamismo entre distintos grupos sociales. ¿Debemos creer que las culturas Mochica, Lambayeque y Chimú, en la costa norte, la cultura Nazca, en la costa sur, Cajamarca y Recuay, por el norte, así como otras culturas del altiplano carecían, esencialmente, de influencia respecto de las transformaciones por las que pasaron las lenguas principales en los Andes centrales? Desde mi punto de vista, es posible, más bien, que nos estemos enfocando demasiado en la supuesta asociación de los horizontes con las expansiones de lenguas.

A mi parecer, el énfasis en la difusión de los idiomas durante los horizontes no es completamente convincente. Esto no quiere decir que estas propuestas sean incorrectas, sino que no se tienen en cuenta otras posibilidades. Un segundo aspecto que no es plenamente considerado por la mayoría de los trabajos de este volumen son las limitaciones de sus bases de datos y de los enfoques específicos tanto lingüísticos como arqueológicos. Por ejemplo, hay diversos problemas al tratar de explicar el desplazamiento del quechua y el aimara desde una perspectiva arqueológica. Se puede admitir que la correlación de los registros lingüísticos y arqueológicos es una tarea difícil, por lo que todos los autores merecen los mayores elogios por tratar de tales reconstrucciones; sin embargo, hay varias cuestiones e hipótesis subyacentes en estos estudios que más generan preocupación que alternativas, por lo que debemos estar atentos a futuros estudios de este tipo.

En primer lugar, se debe explicar, con mejores fundamentos, la naturaleza y la causa de estas expansiones de lenguas. El objetivo más importante consiste en encontrar, en todos los casos de lenguas propagadas, si existían las condiciones propicias para su expansión y consolidación. Además, se debe determinar si estas difusiones ocurrieron debido a la introducción de nuevas tecnologías de producción de alimentos —como, por ejemplo, el pastoreo, la agricultura, entre otros—, lo que habría permitido un aumento sustancial de la *carrying capacity* de un territorio por acción de alguna propagación cultural ideológica o social.

Existe la hipótesis de que la introducción de la agricultura en el oeste de Asia fue el estímulo y el apoyo para la expansión del Neolítico en Europa y, probablemente, también hacia otros territorios (Renfrew 1987; Bellwood 1997). Además de la tecnología del hierro, la implementación de la agricultura en el Sahel impulsó y reafirmó la difusión bantú al África central y meridional. El nomadismo pastoral, junto con las nuevas estructuras sociales y las novedosas técnicas de transporte y de guerra (sobre todo con el empleo del caballo), apuntalaron la expansión de los nómadas de las estepas de Asia, lo que logró cambiar y difundir varios idiomas. Estos tipos de dispersiones de lenguas y de rasgos culturales específicos y movimientos sociales aún no se han determinado en los Andes; de este modo, es difícil asociar la propagación de las lenguas con los horizontes sin contar con los detalles de estas expansiones.

En segundo lugar, los argumentos contenidos en los trabajos de este volumen suponen que las entidades lingüísticas se pueden atribuir a cada una de las «construcciones arqueológicas» de los horizontes. Esto puede representar una confusión por parte de algunos autores debido a que la arqueología no puede comprobar las hipótesis lingüísticas y viceversa. ¿Qué se puede decir de tales supuestos? La concepción subyacente consiste en que ciertos marcadores lingüísticos, característicos de los grupos actualmente identificados como quechuahablantes, se sitúan en ciertos lugares distantes donde los rasgos arqueológicos son similares a los de la hipotética «patria primigenia» del quechua. Desde mi punto de vista, es muy dudoso que los datos sean suficientes para asociar a los diversos quechuahablantes con la arqueología de sus lugares de origen. También hay problemas técnicos con los resultados de los análisis arqueológicos que, por cuestiones de espacio, no puedo explicar a fondo en este comentario final. Sin embargo, son más importantes aún las grandes lagunas en las bases de datos, que no siempre son abordadas.

En tercer lugar, la propuesta de correlaciones lingüísticas en el registro arqueológico implica una serie de supuestos que no tengo la intención de justificar plenamente aquí. Se presume que las expansiones de los grupos humanos de diferentes filiaciones etnolingüísticas ocurrieron repetidamente en los Andes prehispánicos y que las explicaciones que involucran estas expansiones son necesarias para interpretar algunos aspectos de los cambios observados en el registro arqueológico. Este supuesto no intenta suprimir explícitamente la importancia de las explicaciones basadas en la difusión de elementos tecnológicos y sociales a lo largo de las fronteras etnolingüísticas. Tampoco se busca negar las transformaciones que puede sufrir una sociedad como consecuencia de cambios ambientales, tanto naturales como culturales. El planteamiento consiste en que en los Andes ocurrieron numerosas expansiones poblacionales y lingüísticas, y que las interpretaciones arqueológicas deben tener en cuenta este hecho como una de las causas fundamentales de las discontinuidades y cambios en los contextos locales.

En cuarto lugar, se plantea otra conjetura con respecto al nivel de las correlaciones entre las unidades lingüísticas y arqueológicas. La opción más útil y exitosa parece depender de las conexiones entre las familias lingüísticas bien definidas y los patrones arqueológicos en sus aspectos individuales, al menos como hipótesis de trabajo. Sin embargo, al hacer estas correlaciones es vital, también, mantener en mente una perspectiva temporal. Los idiomas que tienden a extenderse en grandes áreas usualmente se fragmentan, diversifican y, por último, divergen en familias de lenguas con el transcurso del tiempo. Del mismo modo, un pueblo disperso a lo largo de una amplia zona revelará adaptaciones culturales locales y una diferenciación conforme se desarrolle. Esto quiere decir que la naturaleza de una relación lingüístico-arqueológica cambia gradualmente, por lo que es importante tener en cuenta el aspecto dinámico de tales correlaciones en la evaluación de cualquier desarrollo, en particular en una historia reconstruida social y culturalmente.

Por último, una historia reconstruida lingüísticamente también debe asumir que la mayoría de los grupos etnolingüísticos en los Andes —si no todos ellos— dejaron rastros identificables. Debido a ello no se considera el gran número de pueblos desconocidos e incognoscibles para los cuales no se puede deducir filiación lingüística alguna. Por supuesto, esta hipótesis funciona mejor para el Horizonte Inca, en el que las lenguas locales de muchos pueblos se perdieron y fueron sustituidas por el quechua. Al final, es probable que sea necesario recurrir a varios modelos para explicar los cambios de las lenguas y sus dispersiones en los Andes. Makowski parece considerar este enfoque mediante el examen de los distintos modelos utilizados en los estudios paleolingüísticos en el Viejo Mundo. Uno de ellos es de naturaleza difusionista y evolutiva, mientras que el segundo se centra en los mecanismos de interacción: el centro frente a la semiperiferia, una *lingua franca* respecto a lenguas locales y los dialectos. Dicho autor concluye que solo el segundo modelo

funciona para los Andes centrales y también sostiene que las nuevas relaciones de estas familias, en los diferentes niveles y distancias, parecen haberse establecido durante dos períodos de inestabilidad cultural: la decadencia de Chavín y la época posterior a la caída de Wari y Tiwanaku. De este modo, algunos estudiosos consideran que las lenguas mayoritarias no se transforman mucho con la expansión; sin embargo, sí se dan cambios con la desaparición de estas culturas, un punto tratado por Isbell para el caso del colapso wari.

En años recientes, otros modelos se han «entrelazado» con lo que podría llamarse la hipótesis de la difusión de la agricultura y las lenguas, originalmente desarrollado por Renfrew (1987) como un desafío a la perspectiva convencional del *hobbyhorse* de los orígenes indoeuropeos. Este modelo se ha convertido en una caracterización mucho más general de la dispersión de las *phyla* en distintos idiomas y diferentes tipos de culturas arqueológicas. En el presente volumen, Renfrew continúa defendiendo el proceso general de los cambios arqueológicos y lingüísticos, pero con un enfoque especial en la sustitución de lenguas. Con una perspectiva más clara, se centra en la validez del modelo de la difusión de la agricultura y las lenguas, y señala las posibles contribuciones de la arqueogenética para la construcción de estos modelos. Hoy en día se cree que muchas agrupaciones de lenguas son consecuencia de los orígenes de la agricultura, una idea que ha sido adoptada, en particular, por Peter Bellwood, quien la ha promovido en varios trabajos (véase, por ejemplo, Bellwood 1997). Este modelo se ha aplicado recientemente a los Andes, con un éxito limitado según mi opinión (véase la contribución de Dillehay, este número), por parte de Heggarty y Beresford-Jones (2010).

En referencia al modelo de la agricultura, Lane, razonablemente, nos advierte que se ha tratado mucho acerca de esta actividad —en especial el cultivo del maíz— como motor de la difusión de lenguas. Así, sugiere que las expansiones de las lenguas andinas, en particular en el altiplano, no se pueden explicar completamente sin considerar el pastoreo de camélidos. Esta actividad consiste de una profunda adaptación en el tiempo, bastante especializada y exitosa; de este modo, la cría de animales se combinó con la siembra de cultivos de altura. Asimismo, postula que, mediante mecanismos tales como el comercio, la colonización y la guerra, este conjunto de animales y cultígenos permitió la expansión de determinadas culturas andinas y sus lenguas a lo largo de grandes regiones de la sierra, sobre todo desde el Horizonte Medio hasta el Horizonte Tardío.

Con respecto a la preocupación de Renfrew en relación con los genes y las lenguas, estas últimas probablemente evolucionaron mucho más rápido que los primeros. Los idiomas pueden someterse a un reemplazo rápido, incluso si uno nuevo es impuesto por parte de una minoría invasora, siempre que esta tenga una adecuada organización política y militar, como la elite que ejerce un dominio expansionista expuesta en uno de los modelos que presenta en su contribución. Cuando esto sucede, puede ser difícil encontrar rastros genéticos de una invasión. Sin embargo, si los esquemas arbóreos genéticos y los de las lenguas corresponden entre sí, esto proporcionaría una confirmación sorprendente de desarrollo mutuo para los modelos de la prehistoria andina. Los estudios genéticos no siempre han dado resultados creíbles y los lingüistas se enfrentan a esquemas arbóreos lingüísticos interminables que a veces indican una relación muy contraria a los resultados establecidos por los estudios genéticos, lo que quiere decir que las inferencias de los análisis que realizan estas dos disciplinas no concuerdan. Esto se debe a que las poblaciones humanas se mueven, interactúan y propagan sus genes. Asimismo, cambian de idioma por razones que, a menudo, no tienen una analogía genética. Por ejemplo, sus patrones de matrimonio pueden reflejar nociones de prestigio cultural que no involucran, necesariamente, un cambio genético. Como consecuencia de ello, la filiación de lenguas y su rápida composición pueden encontrarse fuera de sincronía. Solo es posible establecer esta correspondencia cuando la población se expande a un terreno deshabitado o cuando no es capaz de interactuar con otros grupos genéticamente distintos. Un trabajo incluido en este volumen se ocupa de los patrones genéticos, pero no relaciona sus conclusiones con la propagación de las lenguas de manera específica. Este es el aporte de Fehren-Schmitz, que consiste de un estudio genético de esqueletos humanos de la cultura Nazca, y donde trata de las afinidades culturales y biológicas entre Nazca y Paracas. Dicho autor concluye que la diferenciación genética entre la principal zona cultural de Nazca se desvanece con el Horizonte Medio, en gran parte debido a una mayor interacción con la cultura Wari y sus grupos humanos; sin embargo, ¿esto implica, necesariamente, una propagación del quechua u otro idioma por parte de Wari?

3. Conclusiones

¿Qué es lo que emerge como resultado de los datos y modelos de interpretación presentados en los aportes contenidos en este volumen? La única hipótesis, casi consensual, entre estos trabajos consiste en que la expansión cultural del Horizonte Wari llevó a la difusión de la lengua quechua. Aparte de la expansión de las poblaciones humanas, en estos artículos no se consideran los procesos dinámicos y otras causas que pudieron haber llevado a la diversidad de las lenguas y sus dispersiones. Hay que reconocer que los límites de nuestra comprensión de estas cuestiones son, en gran medida, consecuencia de la carencia de datos relevantes y nuevos métodos relacionados con la lingüística histórica y la arqueología. Para un intercambio más fructífero, los lingüistas históricos necesitarían analizar, más detalladamente, las reconstrucciones arqueológicas, tal vez centrándose de modo particular en las zonas donde los restos materiales han sido bien estudiados y publicados por los arqueólogos. Esto, a su vez, puede requerir repensar acerca de ciertos tipos de recolección de datos lingüísticos, especialmente en lo relativo a los vocabularios tecnológico y social. También se tendrá que encontrar la manera de presentar estos resultados en términos accesibles para los que están «fuera» de estas disciplinas.

Por otro lado, los arqueólogos deberían tratar de trabajar con los lingüistas con el objeto de esclarecer el estado actual de los modelos de distribución de las lenguas y, a su vez, qué hipótesis podrían ser probadas empíricamente por parte de la investigación arqueológica. Es seguro afirmar que, hasta el momento, los arqueólogos andinistas no han realizado excavaciones con el único fin de analizar o evaluar un modelo lingüístico, pero por lo menos puede imaginarse, con cierta certeza, que estos temas de investigación permanecerán como parte de los estudios académicos andinos en los próximos años. Por último, esta edición del *Boletín* es también un llamado a un nuevo compromiso entre la arqueología y la lingüística histórica, el que, sin embargo, no está claro como se logrará. Pese a ello, no hay duda de que este tema inspirará y reactivará nuestro interés en la correlación entre la investigación lingüística y la arqueológica acerca de las antiguas culturas andinas.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a Rafael Valdez, por la exhaustiva revisión estilística del presente texto, así como a Carla Hernández, por sus comentarios al original.

REFERENCIAS

- Anthony, D. W.
1990 Migration in Archaeology: The Baby and the Bathwater, *American Anthropologist, New Series* 92 (4), 895-914.
- Bellwood, P. S.
1997 *Prehistory of the Indo-Malaysian Archipelago*, 2.^a ed., University of Hawaii Press, Honolulu.
- Heggarty, P. y D. G. Beresford-Jones
2010 Agriculture and Language Dispersals: Limitations, Refinements, and an Andean Exception?, *Current Anthropology* 51 (2), 163-191.
- Renfrew, C.
1987 *Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*, Cambridge University Press, Cambridge.